



ESCENA V

GASTÓN Y ANGÉLICA

GASTÓN

Con la mano en la empuñadura
de su daga viendo desaparecer a
Don Dionis.

¡Oh, brazo miserable, que no tienes
firmeza para herirl... Si herir deseas,
¿por que frustras el golpe y te detienes
temblando de pavor?... ¡Maldito seas!...

Mas tú no eres cobarde, brazo miol...
En campo abierto o en lugar cerrado,
tu lanzón o tu espada, con que brío
su corazón hubiera traspasadol...

Inútilmente la ocasión espero!...
 ¡En vano hacia el puñal tiendo la mano,
 que el que nació cristiano y caballero
 no puede asesinar como un villano!

Angélica, que ha observado todos
 los movimientos del Halconero, se
 le acerca. Gastón se vuelve agitado.

¡Angélica!

ANGÉLICA

Contemplándole fijamente.

¿Qué horrible pensamiento
 te obscurece, que he visto, acongojada,
 arder como un relámpago sangriento
 el alma de Luzbel en tu mirada?

GASTÓN

¿Qué te impulsa hasta aquí?

ANGÉLICA

Con la voz de llanto.

La voz suave
 de aquella santa que en su seno unía
 en un anhelo maternal de ave,
 tu infantil cabecita con la mía!

Ungidas de una celestial fragancia
 en mis oídos sus palabras gimen:
 —¡Angélica, al amigo de tu infancia,
 no dejes, no, que lo deshonre el crimen!

GASTÓN

Espantado.

¿Qué dices?...

ANGÉLICA

¡No lo niegues! No he mentido!

GASTÓN

Deliras!...

ANGÉLICA

¡No, Gastón!.. La vida diera,
 porque lo que en tus ojos he leído
 sólo un delirio de mi mente fuera!

Acercándose más y oprimiéndole
 entre las suyas las manos.

Escúchame, Gastón! Por todo cuanto
 de puro dentro de tu alma queda;
 por mi voz, por mi pena, por el llanto
 que de mis ojos desbordantes rueda;

por el amor que te nutrió en su seno;
por ese Cristo que en la cruz nos mira...
¡Huye de esa mujer, cuyo veneno
emponzoña hasta el aire que respira!
Ella te arrastra al crimen...

GASTÓN

Debatiéndose desesperadamente.

¡Calla, calla!...
¿No ves la angustia interminable y sorda
en que, deshecho, el corazón estalla,
y cual vaso colmado se desborda
en las ardientes lágrimas que exhalo?...

Estalla en sollozos. Ella le acoge
maternalmente en sus brazos.

ANGÉLICA

¡Ven y vierte tus llantos en mi seno!...
¡Si ella es, para perderte, tu ángel malo,
yo soy, para salvarte, tu ángel bueno!

GASTÓN

Desprendiéndose bruscamente.

¡Déjame! Tu piedad en vano llora...

Se dirige hacia el fondo.

ANGÉLICA

¿Dónde vas?

GASTÓN

¡Yo qué sé!... ¡A donde pueda
refrenar el dolor que me devora
antes que el alma a sus delirios ceda!

Se pierde por la escalinata que da
al jardín. Angélica le sigue hasta la
galería; pero un gesto imperioso del
halconero le hace retroceder; vacila
un instante y se detiene apoyada en
una columna. Después lanza un grito
y corre a abrazarse a la cruz con
los ojos cubiertos de lágrimas.

ROSAURA

¡Señor, Señor, en tu piedad confío!
¡Que hasta su triste obscuridad descienda
tu santa luz!... ¡Le salvaré, Dios mío,
aunque pierda la vida en la contiendal

Aparecen por la galería del fondo
Micer Haroldo y Rosaura. Al verlos
Angélica se desliza sigilosamente
detrás del tapiz que cubre la puerta
de la izquierda. Mientras la Infanti-
na y el Canciller avanzan, se escu-
chan los salmos funerales y el leja-
no doblar de las campanas.





MICER HAROLDO

ESCENA VI

ROSAURA y MICER HAROLDO

MICER HAROLDO

Con voz sorda, profundamente
agitado.

Os vi nacer, y a vuestra sangre tengo
aún más apego que a la sangre mía...
¡Por eso ahora a preveniros vengo...
¡Tenéis que huir antes que nazca el día!

ROSAURA

Desdeñosamente, aparentando
una serenidad que desmienten el
temblor de sus manos y la agitación
de sus movimientos.

¿Qué estás diciendo?

MICER HAROLDO

Lo que oís, señora!
 ¡No podéis vacilar!... Estáis perdida!
 Os acusa el juglar, y si la aurora
 os sorprendiera aquí, perdéis la vida!...
 Yo suspender las pruebas he podido
 hasta avisaros...

ROSAURA

Con sonrisa desdeñosa.

¿Y en las imprudentes
 palabras de un juglar habéis creído?

MICER HAROLDO

Atajándole con severidad.

¡Perdonad!... Son las pruebas concluyentes!...

Todo os acusa... Y si así no fuera,
 si una esperanza para vos hubiera,
 ¿cómo el labio sincero de este anciano
 a herir con tal sospecha se atreviera
 a la hija de su propio soberano?...

Huid de la corte, y buscad seguro
 en las tierras que os rinden vasallaje,
 ¡que yo, señora, por mi honor os juro,
 ¡as pruebas destruir!...

ROSAURA

Con soberbia altanería.

Mas tal ultraje
 no sufrirá mi orgullo!... Aquí me quedo!...
 Y si la envidia a condenarme osara,
 yo la condena sufriré sin miedo,
 luchando con mi suerte cara a cara!

Vuelven a resonar los psalmos
funerales.

MICER HAROLDO

Profundamente conmovido.

¡No hay salvación!... Huid!... ¡Por ese canto
 funeral, por las luces amarillas
 que alumbran su cadáver, por mi llanto!...
 ¡Os lo pido, señora, de rodillas!

Se intenta postrar a los pies de
Rosaura, pero ésta le contiene.

En el jardín esperan a su Alteza
 gentes que a vuestro feudo han de escoltaros...

Con sincero dolor.

Yo no puedo hacer más... Y al ayudaros,
 así también arriesgo la cabeza!...

Mas dejad que este viejo desafío
vuestro adverso destino, y sin demora
salir hoy de la corte...

Besándole la mano.

¡Adiós, señora!...

¡Para siempre quizás...! ¡Que el cielo os guíe!...

Sale por la galería del fondo. Rosaura le contempla partir, apoyada en el respaldo de un alto sillón. Un momento de silencio, en el cual permanece inmóvil, como petrificada en sus pensamientos. De pronto se yergue, en un gesto de fiera inaudito que le hace retorcerse de furor.



ESCENA VII

ROSAURA, sola

Huir?... ¡Nunca!... Mi presa no abandono!...
Ya está la suerte echada y decidida...
¡Antes que nazca el sol, o escalo el trono,
o en el asalto perderé la vida!...

Una tempestad de sangre ciega sus ojos, e instintivamente le arrastra su destino hacia la puerta de la cámara donde yace su hermana.

Aquí duerme... Está sola... ¡Si firmeza
tuviese el corazón!...

Va a alzar el tapiz, pero sus manos retroceden como si hubiesen tocado a una llama.

Pero, es en vano...

Yo nada puedo hacer... ¡Naturaleza!
¿por qué desarmas, para herir, mi mano?

Desesperada de su impotencia y
como rebelándose contra ella.

¡Por todo cuanto ruge y cuanto odia,
ayudadme, potencias infernales!...

Intenta avanzar de nuevo; pero
al llegar a los umbrales, retrocede
espantada.

¡Mas, no; no puede ser, porque custodia
la sombra de mi madre esos umbrales!

Desvariando, como si la visión
apareciese realmente ante sus ojos
atónitos.

¡Tiene abiertos los brazos, y un doliente
reproche en su pupila azul destella,
como diciendo a mi furor:—¡Detente!...
¡Me tendrás que matar antes que a ella!...

Pequeña pausa, en la que todo su
ser parece crujir y debatirse en una
lucha interior, inauditamente dolo-
rosa y cruel.

¡Si alguien en quien fiarme yo tuviera!...

El odio vuelve a apoderarse de su
alma, y una esperanza centellea en
el negror siniestro de sus pupilas.

¡A cambio del más bárbaro y eterno
dolor, negras deidades del infierno,
prestadme un brazo que sin miedo hiera!

Se yergue en un arranque frené-
tico de orgullo y de fiereza.

¡He de triunfar!... Mi espíritu altanero
a la tierra y al cielo desafía!...

Se vuelve de súbito al rumor de
los pasos de Gastón que aparece en
la galería del fondo.

¿Quién va ahí?... ¿Quién va ahí?...

Dando un grito salvaje de alegría
al reconocerlo.

¡Ah...! ¡Mi Halconero...!

¡Luzbel desde el infierno me lo envía!





ESCENA VIII

ROSAURA Y GASTÓN, que avanza como un sonámbulo por la galería del fondo.

ROSAURA

Saliéndole al encuentro, con la voz insinuante y misteriosa.

¡Gastón!... ¿Adónde vas?...

El Halconero se detiene estremecido.

GASTÓN

¿Qué me queréis?

ROSAURA

No te inquietes, y escúchame con calma...

Lo atrae hacia ella, clavando en él sus ojos fascinadores.

¿Puedo contar contigo?...

GASTÓN

Ya sabéis
que soy vuestro, señora, en cuerpo y alma!
Hablad, Alteza!...

ROSAURA

Queriendo dar a sus palabras una
emoción sincera, pero como dudando
de lo que le va a decir.

¡No, porque pudieras
escuchar tales cosas, que erizado
el cabello de espanto, de mi lado
como del propio Lucifer huyeras!

GASTÓN

Como si recobrase de súbito, al
conjuro de la voz amada, todos los
bríos y los entusiasmos de la juventud.

¡Pedidme que deslustre los cuarteles
que avaloran mi escudo, única herencia
de mis padres; que manche mi conciencia
con los actos más viles y crueles;

que al huésped que a mi amparo se ha acogido
de su enemigo a la venganza entregue,
bajo mi propio techo; que reniegue
de la fe y la Ley en que he nacido;

que dé entrada en mi patria al extranjero...
¡Pedid, pedid!... Si es en servicio tuyo,
—¡oh, amor, en cuya cárcel vivo y muero!—
mi propio deshonor será mi orgullo!...

ROSAURA

Más insinuante aún, abrasándole
con el fuego de sus ojos y embriagándole
con el perfume de su aliento.

¡No me retes, Gastón!...

En voz muy baja, dejando caer
lentamente las palabras.

¿Se atrevería

tu mano a cometer tal villanía,
que a través de los siglos, en la historia,
a las gentes futuras, tu memoria
por infame y por vil espantaría?

GASTÓN

¡Qué importa, si también al par el hombre
al pie de mi baldón mirará escrito:
—¡Amó con un amor tan infinito
que eternamente deshonoró su nombre!

Decid que robe... Y a la imagen santa
de la madre de Dios, que en la capilla
de la severa catedral, humilla
la serpiente del Mal bajo su planta;

yo, la corona que en su sien destella
todo el oro y las perlas del Oriente,
le arrancaré, para ceñir con ella
la marmórea altivez de vuestra frente!...

¡Decid que mate sin piedad; y aun cuando
en nobleza y poder al Rey se iguale,
veréis caer, a vuestros pies, sangrando,
a aquel que vuestra mano me señale!...

Y si a mi propia madre señalara...
¡Tal me tenéis la voluntad rendida,
que hasta por vos, señora, apuñalara
al propio seno que me dió la vida...!

ROSAURA

Echándole los brazos al cuello.

Digno eres de mi amor; y así te quiero!...
¡Así te quiero ver: audaz y erguido,
retando al bien y al mal, bravo halconero,
bello y terrible como un Dios caído!

Poniendo en su voz todas las
mieles y las promesas del deseo.

¡Para embriagar de amor tu vida loca,
yo sabré darte, en inmortales lazos,
las cadenas de rosas de mis brazos
y los besos de fuego de mi boca!

Y cuando toda adversidad concluya
y recobremos la perdida calma,
yo, desnuda a la par de cuerpo y alma,
—¡Tómame!—te diré...—¡Soy toda tuya!

GASTÓN

Embriagado de felicidad y estre-
chándola entre sus brazos.

¡Oh, dulce amor!... Bien vale este momento
que entre tus brazos prisionero estoy,
toda una eternidad de sufrimiento...!
¡Manda a tu arbitrio, que tu esclavo soy!

Rosaura le toma de una mano y
le arrastra hacia la puerta de la iz-
quierda.

Después le indica el puñal, seña-
lándole la cámara de la Princesa.
Balbuciente por lo horrible de la
sorpresa.

¿A la reina?...

ROSAURA

¿No dije que sería
tan cruel, tan villana y tan horrible
la acción que ejecutar te ordenaría,
que tu mano al herir vacilaría?

GASTÓN

Desnudando el puñal y avanzando.

¡Para tan grande amor todo es posible!

De pronto, casi al pisar los umbrales,
se detiene y se vuelve vacilante
hacia Rosaura.

Mas, ella...

ROSAURA

Con toda la fuerza que le da su
desesperación.

No preguntes... Sube al trono,
mañana mismo... ¡Ceñirá su frente
la corona real que inútilmente,
hace ya tantos años que ambiciono!...

Me acusan de la muerte de Lotario...
¡Si ella no muere, moriré mañana!...
¡Gastón, que una perezca es necesario!...

¡Elige tú!...

GASTÓN

Alzando la cabeza, en un gesto de
suprema resolución.

¡Perecerá tu hermana!...

¡Todo tuyo será! Mi amor lo jural...
Por ti ruedo al infierno, sonriente!...
¡A costa de mi eterna desventura,
regia corona ceñirá tu frente!...

Avanza con el puñal desnudo;
mas al descorrer el tapiz de la entrada
aparece, cortándole el paso,
la dolorosa figura de Angélica. Gastón
retrocede; Rosaura ahoga un grito
de rabia, retorciéndose de desesperación.

